



YALE UNIVERSITY
LIBRARY



Javier Pagola, *Sin título*, 2011. Monotipo sobre papel, 100 x 70 cm.

Ana María Rodas

POEMAS DE LA IZQUIERDA ERÓTICA

*Ana María Rodas
y su poesía*

Erich Hackl

papeles mínimos ♦ poesía, 9

MADRID 2019

© Ana María Rodas, 1973
© Erich Hackl, de su texto
© papeles mínimos ediciones
Primera edición: noviembre de 2019
© Javier Pagola, del monotipo
reproducido en el frontis

Diseño de colección: *papeles mínimos*
Impresión: *Epes Artes Gráficas*
ISBN: 978-84-121120-0-9 Depósito Legal: M-33938-2019

PAPELES MÍNIMOS EDICIONES
Almadén, 6, 2.º D - 28014, Madrid. T.: 91 576 35 60
www.papelesminimos.com

Poemas de la izquierda erótica, de Ana María Rodas, fue publicado por primera vez en Guatemala, en 1973, por la editorial Testimonio del Absurdo Diario, con diseño de Arnoldo Ramírez Amaya e impreso por Ricardo Juárez en los talleres de la editorial Landivar.

A Erich Hackl le debemos su apoyo y la noticia de este libro.
A Ana María Rodas todo nuestro agradecimiento.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización de los editores

*Para Arnoldo,
quien está tan furiosa y
sinceramente empeñado en
cambiar al ser humano.
En testimonio de que logró
hacerme cambiar.*

*Porque vivimos a golpes, porque a penas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.*

GABRIEL CELAYA

«La poesía es un arma cargada de futuro», *Cantos iberos*

DOMINGO 12 de septiembre,
1937 a las dos de la mañana: nací.
De ahí mis hábitos nocturnos
y el amor a los fines de semana.
Me clasificaron: ¿nena? rosadito.
Boté el rosa hace mucho tiempo
y escogí el color que más me gusta,
que son todos.
Me acompañan tres hijas y dos perros:
lo que me queda de dos matrimonios.
Estudié porque no había remedio;
afortunadamente lo he olvidado casi todo.

Tengo hígado, estómago, dos ovarios,
una matriz, corazón y cerebro, más accesorios.
Todo funciona en orden, por lo tanto,
río, grito, insulto, lloro y hago el amor.

Y después lo cuento.

ESTAMOS hechos de recuerdos
de un pelo rubio
de un pecho
 de cuatro
 cigarrillos
 moribundos
de rítmicos movimientos.

El ron se hunde, ruidoso, en la garganta
—10.000 células muertas—
y el deseo
ametralla
en los dedos.

ASUMAMOS la actitud de vírgenes.
 Así
 nos quieren ellos.

Forniquemos mentalmente,
suave, muy suave,
con la piel de algún fantasma.

Sonriamos
femeninas
inocentes.

Y a la noche, clavemos un puñal
y brinquemos al jardín
abandonemos
esto que apesta a muerte.

LAVÉMONOS el pelo
y desnudemos el cuerpo.

Yo tengo y tú también,
hermana,
dos pechos
y dos piernas y una vulva.

No somos criaturas
que subsisten con suspiros.

Ya no sonríamos,
ya no más falsas vírgenes.

Ni mártires que esperan en la cama
el salivazo ocasional del macho.

COMO YA recorriste la vía más ancha,
no tienes interés
en sus peces ni en sus pechos.

Pegado a tu pedestal,
porque tú
también
tienes uno de esos,
mueves los hilos de tu trama

y te olvidas
que hasta ayer
te empujaba el sentimiento.

LIMPIASTE el esperma
y te metiste en la ducha.

Diste el manotazo al testimonio
pero no al recuerdo.

Ahora,
yo aquí, frustrada,
sin permiso para estarlo,
debo esperar
y encender el fuego
y limpiar los muebles
y llenar de mantequilla el pan.

Tú comprarás con sucios billetes
tu capricho
pa-sa-je-ro.

A mí me harta un poco todo esto
en que dejo de ser humana
y me transformo en trasto viejo.

AQUÍ, en medio de llamadas de teléfono
y de trabajo por hacer
estoy despedazándome

poco a poco,
en silencio.

«Pequeñas crisis pasajeras», me digo por
dentro a mí misma para ver la realidad

achicada,
poco importante.

Conservo la calma,
sonríó,
casi como
y duermo a ratos
para escapar un poco de esta guerra
interior
entre glándula y neurona.

Si algún día
pudieran reemplazar el corazón
y la hipófisis
por solo piedras.

Poco a poco
un extraño proceso
me ha ido transformando en alarido.

Pero sonrío
y no me quejo.
Entran mis compañeros
para mostrarme cartas,
me consultan proyectos.
Yo, un poco menos mujer,
 menos humana,
tapo la herida que soy, que me avergüenza,
con el vendaje estéril

de la eficiencia.

SIN QUE lo sepas
te estoy diciendo
que si vinieras
no podría negarte el espacio
 que te tengo
 guardado
 en el cuerpo.

Que el deber y todas esas porquerías
de esclavitud perfecta
no podrían crecer lo suficiente
para erigir una pared en medio nuestro
que no botara mi deseo
ni tu urgencia.

Enigmático, te deslizas de la luz
 para la sombra.

Gran comediante,

si me mintieras menos
o si yo tuviera el valor para decirte
que te quiero
—en vez de escribir versos—,
habría menos versos, cierto,
pero tal vez surgirían las batallas

que por ahora
solo existen
en mi mente.

que no comprendo
cómo se mata el hambre comiendo,
y el sueño en la cama
y la sed con el agua.

Y el deseo
—este que me acapara cuando veo tus manos—
debe ser archivado como algo malo
en el cajón
más sucio del cerebro.

SIN EMBARGO,
no todo está perdido.
Yo sigo viendo tus ojos en el sueño
y así, te beso
—porque la imaginación es algo serio—
cada centímetro de piel.

Tu voz me eriza cada vez que la recuerdo.

Me conformo con eso.
Con la memoria de lo que no ha sido,
con la experiencia negativa
de tu ausencia.

En vez de semen en las piernas y en la cama
hay una fila interminable de palabras.

No importa, además de ser mujer, soy poeta.

VERDE ¿dónde te encuentras?
¿En qué rincón de la ciudad gris
te levantas con sueño?

¿Y a dónde voy?

Verde, contéstame eso
en una carta que recibiré mañana
o pasado mañana,
donde a fuerza de engaños
y de falsas palabras
no digas nada.

Me maquillo
para esconder el gris hongo que me crece
desde que te fuiste, verde,
en el fúnebre azul de la mañana.

DE ACUERDO,
soy arrebatada, celosa,
voluble
y llena de lujuria.

¿Qué esperaban?

¿Que tuviera ojos,
glándulas,
cerebro, treinta y tres años
y que actuara
como el ciprés de un cementerio?

HOY he descubierto la belleza
de ser yo misma.

—No,
no fue así;
me lo enseñaste.

Pero al hacerme mujer
al mostrarme que los seres
son tan libres.

Comprendí que libre-yo y libre-tú
podemos tomarnos de la mano
y realizar la unión sin anularnos.

Así,
después de la cópula perfecta,
de la unión que no ata,
del entregarse
sin miedo.

Con tu semen y tus besos me has vuelto
un organismo vivo
un ser perfecto.

A TI te aterra
hablar de estas cosas.

Las sientes, claro, pero solo te carcomen
por dentro.

Porque ¿cómo decir «yo deseo»?
—las mujeres no deseamos
solo tenemos hijos.

Cómo puedes pedir a tu marido
que te lama y te monte
—eso no lo aprendiste en el colegio.

Y cuando él alcanza su orgasmo egoísta
no puedes gritarle:
«Yo no termino».

Ni puedes masturbarte
ni buscarte un amante.

Para una mujer eso no es bueno.

ERES un niño malcriado
que necesita
jugar y chupar los dulces de otras niñas.

Edipo rey,
mi imagen te atormenta.

Quieres pero no quieres
y en la lucha
te gusta desvirgarme diariamente
y demostrarme
—aunque me necesitas—
que inflado de soberbia navegas otros vientres.

Y todo para qué, niño pequeño,
si cuando tienes hambre
buscas mi leche.

VAMOS a hacer la exhibición retrospectiva.
Fotos amarillentas;
cartas mudas que, antes, cuánto hablaban.

Ante la nueva urgencia
lo que sentí alguna vez
ya no es recuerdo.

Solo un absurdo pegar engendros
en las paredes de mi cuerpo.

Así, cubierta de otros hombres
que fueron,
me tienes que desnudar muy lentamente.

Ven, no tengas miedo,
en el brazo derecho todavía hay espacio
para otro cuadro.

MIRA:

con estas mano jugué a las muñecas
y juego a ser mujer.

Las uso para comer o desnudarme.

Para estrechar
con pasión y ternura.

tus testículos
—dos mundos de misterio—
tu pelo y tu silencio.

Pero también me sirven
para hundirte los ojos,
para rasgar tu carne
y para hacer cicatrices profundas
en tu cerebro.

HOY PENSABA, sentada al lado de mis
años,
que varias veces tuve hijos
sin ser mujer.

Creció largo el cabello,
cambió a los doce años
la forma de mi cuerpo.

Vinieron los hombres
y tuvimos placer.

Y tú con tus ojos
y tu ira
y tu amor que destruye y que aniquila
me has hecho
—entre moretes y quejidos—
ser.

Empápame con fuerza
y escúchame gemir
anunciando mi nuevo nacimiento.

Tú llevaste también un suéter verde.
tres años perdidos,
un cepillo de dientes,
dos sábanas
a rayas.

Yo puse la incongruencia
tres hijas y dos perros.

Traías el fuego en la mirada,
yo,
la ternura.

Aprendimos a vivir con las ventanas abiertas
para que entraran por ellas
el sol y los amigos.

Lloramos cuando nos dio la gana.
Tú me hiciste
los retratos
más absurdos.
Yo te he escrito versos malos
plagados de verdadero sentimiento.

Hasta ayer podía recordar los aportes que hicimos

a nuestra felicidad,
a nuestro infierno.

Mañana, como el amor es magia,
no voy a saber cuáles eran tus cosas;
cuáles las mías.

YO AMO en ti
los pies
de los indios.

La piel morena
los ojos negros.

Y te amo a ti
porque los amo a ellos.

POR FUERA
parecía casi nada:
dos sábanas
quemadas por un cigarrillo,
varios almuerzos
y un montón de madrugadas jóvenes
mirando hacia el techo.

Como parte de todo
una jícara que cuelga de una lámpara
recuerda haber sido comprada con amor.

Así, visto desde afuera,
en realidad no era casi nada.
Por dentro aún arde;
un cuchillo de recuerdo ahonda la llaga.

PORQUE yo soy la causante de tus iras
de tus tensiones
de tus penas
y además soy didáctica,
destruyo tu paz todos los días
y te amarro.

Nunca supe hasta hoy
que yo era así de impresionante.
Creía ser mujer,
nunca supe que fuera un cataclismo.

TIENES la gran cualidad
de convertir en mortaja las palabras
y la gracia
de volver mezquino lo sereno.

No hay duda,
por más que trataras de negarlo,
eres un hombre de cuerpo entero.

ASÍ, siendo pedante
y pagada de mí misma,
orgullosa, pringada de veneno,
veo cuánto te debo.

AHORA

cuando la pasión se ha muerto intoxicada
de pasión.

Cuando las cosas

vuelven a ser cosas y no tormento,
echo poco de menos

la turbia mirada de deseo
el mordisco en el hombro
los líquidos fluyendo.

Porque qué otra cosa

queda después de que se hartó el hambre
sin remedio.

Ahora. Hoy precisamente

tiré tanta basura

que hice espacio

en mi cuerpo

para empezar, hoy mismo, otra historia.

VINE, doctor, porque me duele la cabeza.

Hay noches que no duermo

y me sofoco y estoy inquieta.

Además, a veces me deprimó.

Claro que sí, tomé mis cápsulas rosadas en
forma un poco irregular, es cierto.

¿La lengua? Limpia.

Treintaitrés, respire hondo.

Presión normal, reflejos buenos.

Y en medio de la farsa

del estetoscopio frío, de los tranquilizantes,

del cuénteme cómo sigue

y saludos por casa

se mienten con descaro, sin vergüenza.

Lástima que a los hombres aún no los envasan

como ampollas

como capsulitas

como pomadas.

YO SOY el tiempo
y la vida
y todo el universo.

Yo no
espero.

Para mí, la espera es pérdida de vida.
Cuanto hago
es más verdadero cada día.

Cuando muera, si es que muero,
sepultaré conmigo
la historia, el arte y todas esas mierdas
que a otros aterran con terror de infierno.

—La muerte quizá solo es el nacimiento
de una nueva inocencia.

Se dormirán, tranquilas,
la juventud que otros han perdido,
la libertad que otros no poseen,
la incomunicación
que a todos
nos empapa.

Seguiré siendo el tiempo
y la vida
y el universo entero.

¡CÓMO me gusta
esta piel que me acompaña a todas partes!
Hace ya algunos años
que la llevo.

Me ha durado.
Es buena.
Mezcla perfecta de indio y europeo,
olorosa a pan moreno.

Ya sé.
Yo no debiera hablar de ella
pero sucede que es la única que tengo.
Me encierra toda,
me limita y me une al universo,
es húmeda y oscura,
recubierta de vello.

Algún día
—si no muero antes
y estalla prematura—
estará cubierta con arrugas,
con manchas, con despigmentaciones.

Y cada huella será el recuerdo de estos días
bajo el sol, bajo los besos.

Movediza y libre,
bandera de este pueblo autónomo
que me funciona adentro.

DONDE quiera que estés,
ven.

Ahora es
cuando te necesito.

Tengo hambre y sed de palabras
y a mi lado
solo hay silencio.

(Ni un eco, ni un murmullo,
solo el maldito silencio).

Por eso me apretujo dentro de mí misma
hasta saltar las lágrimas
y en el pelo
se me prende
el sabor salado del olvido.

Algún imbécil dijo
que el poeta es la clave del mundo.

¡Mentira!
A mí solo me queda encogerme hacia dentro
y esperar
ciegamente
un sonido, una expresión cualquiera
y que alguien,
donde quiera que esté,
emita una señal diciéndome que existo.

DESPERTÉ y continuaba siendo
la recreada niñez.

Porque dormimos juntos por un rato
y esta mañana
el olor de tu pelo era mi almohada.

LOS POETAS somos cosas raras
—¿compramos en el supermercado
el arroz y el azúcar?
Una nube nos hace ver diluvios
pasados y futuros
—¿te acordaste del té?

Además nos gusta deslizarnos
por entre el sufrimiento
y montar las olas de la ira
—no tenemos papel,
lo compraré mañana
y también dos pastillas de jabón.

Y lo que más nos gusta,
en mañanas absurdas,
es despertar muy suave
y sentir que aún estamos.

Adentro
de la
piel.

LOS TELÉFONOS debieran ser parte
de la poesía
—la poesía está llena de recuerdos.
Hoy, una llamada solitaria
hizo rodar de nuevo el pasado a mi falda.

Se murieron tres años
casi cuatro.

Un bigote se movió sobre unos labios
murmurando
cosas triviales, de todos los días:
que cómo están los niños,
si al fin me voy a Francia,
que la perra tiene
tres cachorros,
que cómo creció Carlos.

Y el teléfono de ayer me dijo:
«Cuánto te quiero.
Cuánto te extraño».

ESTO NO sirve, dicen.
No es poesía porque hablo de máquinas.
De cocina.

De lo que cuesta,
cuando no hay deseos,
trabajar.

Yo escribo simplemente lo que siento.
Y todo es poesía, porque para mí lo mismo
vale una gota de lluvia
que el humo negro.

¡Ahora sí! me atajan.
La lluvia, es objeto poético,
el diésel, problema municipal.

DIJERON que un poema
debería ser menos personal;
que eso de hablar de tú o de yo
es cosa de mujeres.
Que no es serio.

Por suerte o por desgracia
todavía hago lo que quiero.

Quizá algún día utilice otros métodos
y hable en abstracto.
Ahora solo sé que si se dice algo
debe ser sobre tema conocido.

Yo solo soy sincera —y ya es bastante—
hablando de mis propias miserias y alegrías
puedo contar que me gustan las fresas,
por ejemplo,

y que algunas personas
me caen mal por hipócritas, por crueles,
o simplemente porque son estúpidas.
Que no pedí vivir
y que morir no es algo que me atraiga
excepto cuando me hallo deprimida.
Que estoy hecha
sobre todo
de palabras.

Que para poder manifestarme
uso tinta y papel a mi manera.

No puedo remediarlo.
Por más que trate
no escribiré un ensayo
sobre la teoría de conjuntos.

Tal vez más adelante
encuentre otras formas de expresarme.
Pero eso no me importa ahora;
hoy vivo aquí y este momento
y yo soy yo
y como tal actúo.

Por lo demás, lamento no complacer a todos.
Creo que ya es bastante mirar hacia mí misma
y tratar de aceptarme
con huesos con músculos
con deseos con penas.
Y asomarme a la puerta y ver pasar el mundo
y decir: «Buenos días. Aquí estoy yo».
Aunque no les guste.
Punto.

AL SENTIR que era una cárcel
se fue un día cualquiera.

Dejó atrás la piel que olía a pan moreno,
la ternura,
noches de fiebre
y el sudor del combate
en la almohada.

Olvidó ese pedazo de su vida
o al menos eso dijo
para poder hundirse en otras carnes
de metal o de piedra.

Como el alma se le iba
en cada madrugada,
cuando hasta el hígado gritaba que volviera,
tornó buscando los barrotes de su pelo.

Para encontrar que la antigua cárcel
era un muro sin puertas.

Y cuando lloro
y me prendo a ti con tanta fuerza
no es de alegría, amante.
Es de recuerdo.

Ahora aprendí
a regresar a casa, a lavarme con asco
a verme en el espejo
a encontrar en mis ojos cuánto te amo
y a sentir con el cuerpo cuánto te odio.

OFICIO de poeta.

Menos mal.

Así, en vez de castigarme a ciegas

con el pasado

y de llorar a solas

puedo sentarme frente a una máquina tan gris

como el ambiente

mover los dedos rápido

y decir que todo es una mierda.

JEAN MICHEL, eres un niño
que asoma sus ojos a mi ventana

y ve

aquel desván de la casa

lleno de cofres y cosas pasadas.

Jean Michel, sonríes y agitas tu cabeza

coronada de rojo

y no te explicas

—porque tus ojos son nuevos—

cómo es que todo eso

que tengo adentro

me hace reír o llorar, según el tiempo.

tú y yo tenemos que empezar
a ver hacia el pasado
y revestirlo de cosas espantosas
que jamás existieron
inventar que fuimos infelices
cada día
que siempre nos mentimos.

Los amigos, piadosos,
nos seguirán el juego
y se preguntarán con aire de inocencia
cómo era posible
aquella unión a todas luces desapareja.

Ahora tenemos que matar
todo este fuego
o convertirlo poco a poco en odio horrendo.

ME FALTA equis número de años
para bajar al agujero
que abrirán en cualquier cementerio.

Y en esos años tengo que contar
cómo una vez fui joven
amé
y tuve un hombre
y encontrar, a través de mis versos,
un lugar entre los poetas de mi tiempo.

TE ME ACABAS

como la vela que lanza

su último fuego.

Como el asomo de vida que al final
remueve al que está ya casi muerto.

¡Cómo es de extraño
escribir poemas
para alguien que fue
y que comienza a diluirse en el cerebro!

AHORA olvidas

y te vas, marinero,

a buscar otros cuerpos, otras olas.

Ponte en medio de los huesos

—allí donde debieras llevar alma—

aunque sea un tronco de ciprés

y que te ayude

a flotar con el viento.

EN ESTOS meses
me he convertido en niebla.
No sé a dónde voy
 tú me diriges.
Unos días me besas, me sonríes.
Otros, mezclas tu dolor, tu indiferencia,
tu crueldad
tu mejor puñalada
y me lo estrellas
 todo junto
 en la cara.

Y ME DEJO influir
No tengo más remedio.
Yo a fuerza de quererte no era yo
 sino tu sombra.

Qué puedo ser ahora
cuando tú mismo
por hallarte perdido
solo eres la sombra de una sombra.

TE VOY a dar estos poemas.

Llévatelos.

Serán tu mejor equipaje
tu mejor sueño.

A cambio de los besos,
de los recuerdos.

A cambio de tanta felicidad
que pudimos darnos libremente
cuando no eras famoso
cuando no eras un genio.

Cuando eras un hombre
y yo una mujer
solos
en medio del universo.

PARA SER hombre
es necesario tener arrestos.

¡Tan fácil esconder la cola,
negar los hijos,
decir: «Soy amoral»,
olvidar los excesos
de amor y de celos,
cerrar la puerta
y dejar adentro
—porque cómo estorban—
los huevos!

NUNCA digas, contador de historias,
por qué tus cuentos
son extraordinarios.

No reveles que tus palabras
son los sonidos de los seres
que dejaste agonizando en el camino.

No te extrañe tampoco que mañana
como único auditorio
de tus hermosas frases,
de tus palabras
dramáticas,
sonoras
tengas a tus pies un mar de arena.

Atrévete a mirarme. Soy el primer grano
de tu inmenso desierto del futuro.

GRAN hacedor: te admiro.
Me parece imposible
que de tantos cientos de cadáveres
saques el hilo
para tejer la brillante trama de tu vida.

DIGÁMONOS adiós.

Vete, no sientas pena

mi angustia

es menos

dura.

Tú huyes de ti mismo

yo en cambio solo huyo de ti.

UNA COSA me aterra:

cuando tú te hayas ido

¿de dónde sacaré las experiencias

para escribir

sobre los sufrimientos con tanta realidad?

MÍRAME:
yo soy esos torturados que describes;
esos pies
esas manos mutiladas.
Soy el símbolo
de todo lo que habrás de aniquilar
para dejar de ser humano
y adquirir el perfil de Ubico,
de Somoza,
de cualquier tirano de esos
con los que juegas
y que te sirven, como yo, para armarte
un escenario inmenso.

HACES BIEN, gran maestro.
Yo soy la guerrillera en tu régimen,
el ob-je-to
que se alza con armas de amor
entre tu ejército de gorila egoísmo
y el poder que imaginas
al fin de tu jornada.

Rastrea bien mis pasos
en tu alma
y aplasta sin escrúpulos
cualquier brote de ternura subversiva,
no sea que prenda el amor
y tu ordenada dictadura
se vaya a la mierda.

QUIZÁS deje la lucha
ser guerrillera no conduce a nada
 más que a esas cosas
que tú trazas con línea tan sutil.

No voy a esperar tu próxima tortura
 ni el día que me echas
escaleras abajo
para que los perros muerdan mi calavera.

TE AMO,
tú eres
mi pueblo.

Pero en tus manos hay metralla
y en tus ojos, oscuros policías.

 No hay
comunicación entre mi amor
 y tu violencia.

TÚ, país alienado,
no mereces la pena
de desperdiciar mis balas, ni mi sueño
se hará realidad alguna vez tras tus fronteras.

Marcho al exilio, dictador,
antes de terminar como charco de sangre
en cualquier camino tuyo de papel.

YA SÉ.

Nunca voy a ser más que una
guerrillera del amor.

Estoy situada algo así
como a la izquierda erótica.
Soltando bala tras bala
contra el sistema.
Perdiendo fuerza y tiempo
en predicar un evangelio trasnochado.

Voy a terminar como aquel otro loco
que se quedó
tirado en la sierra.

Pero como mi lucha
no es política que sirva a los hombres
jamás publicarán mi diario
ni construirán industrias de consumo popular
de carteles
y colgajos con mis fotografías.

CÓMO debes reírte ahora
de las cosas que dije.

De mis ingenuidades
de mi pasión
de mis enojos.
De los sueños que para mí
significaron todo
y que a ti te sirvieron solamente
para llenar vacíos que quedaban
en tu tiempo de loco.

LOS POETAS tienen fama
de utilizar palabras suaves.
De hablar del amor, de la melancolía.
De los cielos azules, del horizonte vago.
O yo no soy poeta
o pongo en entredicho a mis colegas.
¡Qué vergüenza que no me dé vergüenza
lo que digo!

CUALQUIERA tiene derecho
a decir lo que piensa.
Cualquiera tiene derecho
siempre que estén de acuerdo
las leyes, las costumbres,
los colegas,
el que te paga el sueldo,
el vecino de enfrente y el gobierno.

YO ESPERO oír la voz del hombre
en las gargantas jóvenes.
Que callen ya los gritos
de estas dos ancianas putas
caducas, mañosas, vergonzantes,
que han olvidado todo, menos el engaño.

Que se insultan una a la otra
repartiendo veneno y puñaladas
en sus tiendas de hechizos.
Viejas brujas reducidas de arrestos,
transformadoras de hombres en carneros.
Viejas infames,
horadoras de cerebros,
profanadoras de cuerpos,
alienadoras del pensamiento.
Nada más que dos putas viejas
situadas a la derecha y a la izquierda
haciendo acumular el número de muertos.

Este país está poblado por ovejas.
Las ovejas no piensan, por lo tanto
se contentan con estar en cualquier rebaño.
Animales blanduchos que ni siquiera balan
cuando van camino al sacrificio.

No hay una voz humana todavía.
Solo se escuchan los gritos de las viejas
que se disputan los restos.

CELEBREMOS una fiesta de las artes
e invitemos a todos.
Mezclemos la sangre y la mierda
y pringuemos a todos.
Cantemos juntos alabanzas al Señor
porque cantar alivia el alma
y alegra el espíritu.
Olvidemos, cantando,
a esos absurdos torturados
que se obstinan en arruinar nuestra alegría
apareciendo diariamente en los periódicos.

Celebremos la fiesta
y recibamos premios o, cuando menos, dinero.
Que a todos da Dios en no arrebatando.
Tapemos con sedas y brocados
nuestros vestidos de diario.
Seremos lismosneros con sombrero de plumas
por un rato.

Hagamos un festival de la cultura
y levantemos tal cantidad de monumentos
al teatro, a la plástica,
a la música, al arte en general,
que tapemos, en poco tiempo,
esta espantosa cantidad de muertos.

HOMBRES: seres pensantes,
mitad cosa, mitad gusano
revolcándose
en alfombras de líquido o de humo.

—En la calle un perro muerto
muestra sus vísceras.

Más auténtico
que el nudo de perros enlodados
que pelea
por una hembra en celo—.

La náusea, los bostezos, la risa estúpida
los ojos alienados.
Sobre la mesa
doce o dieciocho *Playboys*
(lo literario es bueno).

Escondido, subclínica,
el animal se arrastra por el suelo.

Existen varias castas:
los que comen la mierda
y los que cagan.
Y algunos como yo,
parias productores de nada,
animal que se tapa las patas
y la sangre y la baba
y el veneno en los dientes
con palabras.

TU SUBVERSIÓN me conmueve, compañero.
Te reúnes a menudo con amigos
para decir que América Latina
—Iberoamérica, perdón—
está hecha mierda.
Que es necesaria la revolución.

Eres un buen patriota, compañero.
Tus amigos también.
Y como hablar da hambre
ordenan a la carta el bistec y el vino
que algún día,
cuando les quede tiempo
después de hacer casa y comprar auto nuevo
y viajar por Europa y el Japón,
harán llegar al pueblo.

TÚ NO sabías
que vivir juntos significara esto
de hacer el amor por tedio.
Porque has pasado a ser
un objeto más que se posee.
El escondite perfecto para guardar allí
la ira, el odio
la frustración del día.

Te niegan el amor, ahora,
porque ya perteneces.
Te ha encerrado en una caja oscura,
juguete ya jugado.
Y la esperanza perdió su color
sin remedio.

CASI todo está muerto
y lo que queda
lo estás aniquilando con gran eficiencia.

Te observo atentamente
para aprender a transformarme
de ser humano en fiera
para sobrevivir en esta jungla
donde gobiernan los hombres como tú.

REVOLUCIONARIO: esta noche
no estaré en tu cama.
Que no te extrañe la subversión de amor,
antiguo dueño.

Tú hinchas el cuero
y te preocupas tanto de problemas sociales.
No te fijas, farsante,
que en tu casa
calcas tan justamente
los modales del mejor tirano.

TODOS tenían derecho a estar presentes.

Lástima

que todos me estorbaran.

Y cómo era posible

que en medio de tanta cosa ajena

me hallara. Mía. Como jamás

me había pertenecido

en las pasadas semanas.

ESCRIBIRÉ un libro

y por eso

mis huesos serán menos polvo

de aquí a algún tiempo.

Me quedo con eso.

DENTRO de diez o cuarenta años
ni tú ni yo
ni los que aquí estamos
escondiendo soledades en reunión
seremos.

Y dentro de tantos años,
se prolongará para siempre
esta nueva soledad que me acapara
todo esto que soy,
que siempre está conmigo.
Lo que yo misma no esperaba.

LA PIEL,
mi piel.
Este erizamiento primitivo
que ya no lo produce nadie ajeno.

Yo con mis vísceras,
con mi silencio,
con esta calma nueva,
con este sentimiento
de plenitud perfecta.

Quiero disfrutar ahora
el ser yo misma.
Mañana voy de regreso al camino.

AHORA que te hallé, mujer,
te buscaré todos los días
para alejar las serpientes
los árboles del bien y del mal
y los ángeles de espadas de fuego.

Sin el Dios que a ratos fue Demonio.

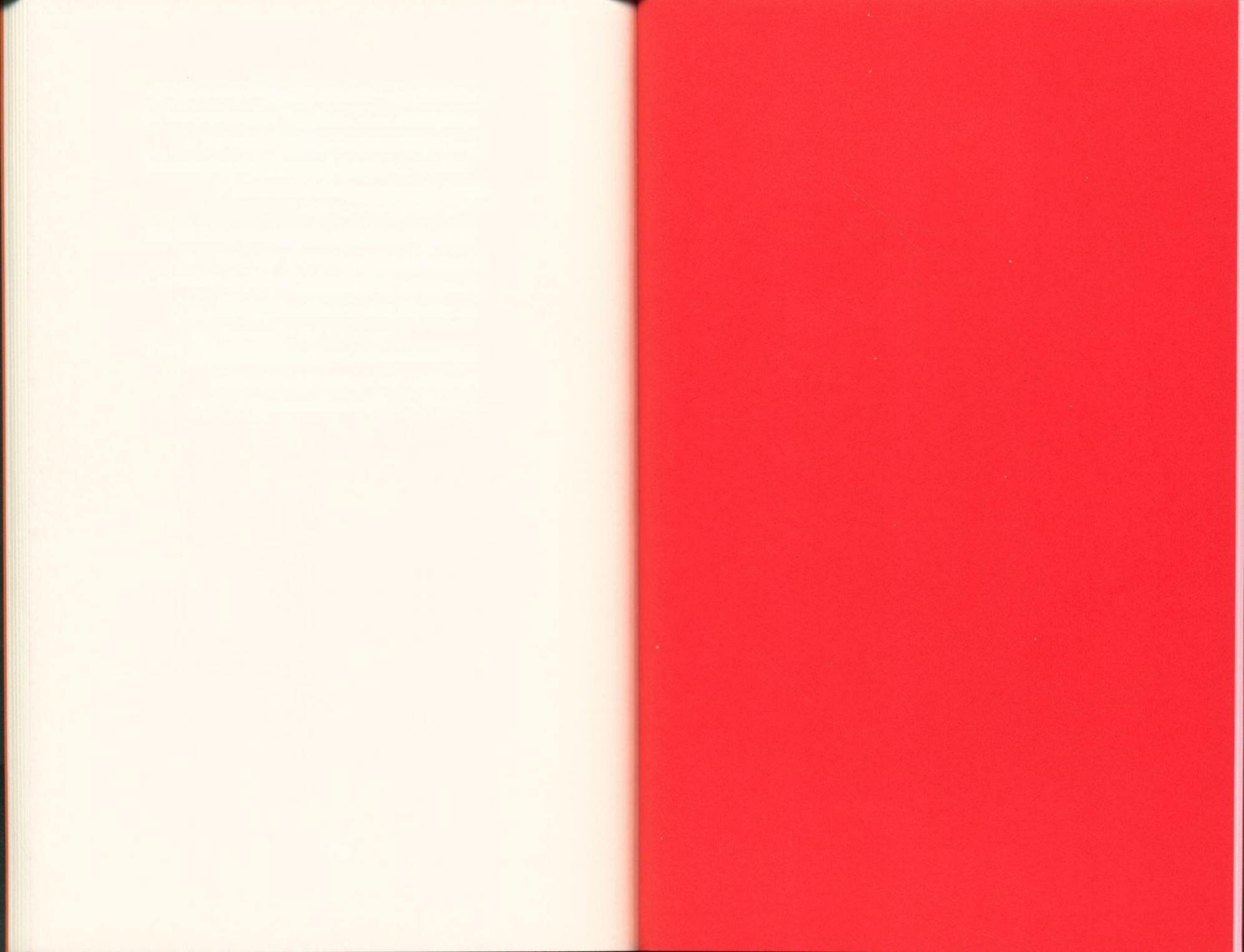
Creación, hallazgo, plenitud.
Silencio.

Pero qué silencio.

MUJER, ya viene el sueño,
aprovecha este tiempo
y olvida a los que ahora
se agitan, beben,
aman, fornican.

Ya llegó el sueño, amiga.
Calma tu sangre
y aférrate al momento
en que por fin comienzas un camino.

Sin brazos amantes, sin muletas.
Recíbelo, no es más que el sueño
y ya es bastante.



*Ana María Rodas
y su poesía*

Erich Hackl

escritor opinó que lo que Ana María había escrito no debía ser considerado poesía porque los versos se le habían escapado espontáneamente, como solía ser costumbre entre las mujeres. Solo la ensayista Luz Méndez de la Vega, el periodista Roberto Paz y Paz y el profesor de literatura Dante Liano alabaron la vehemencia con la que Rodas había destrozado el papel tradicional del hombre y la mujer.

Diecinueve años después, el poeta Francisco Nájera confirmó el juicio de estos tres críticos. Él destacó la importancia de los poemas en relación con dos ensayos. En el primero, sobre sexismo en la literatura, el mexicano Carlos Monsiváis había señalado en 1979 que en Hispanoamérica el espacio asignado al género femenino se ha de caracterizar de la siguiente manera: «Lo *femenino* dispondrá [...] de la ternura, el recato, la paciencia, la dulzura, la intuición, la abnegación, la resistencia al dolor, la pasividad entregada, la inercia, la falta de iniciativa, la frivolidad, la incapacidad de avenirse con la Historia (con mayúscula), la decisión de entrever la realidad a través del chisme».

En el segundo tratado mencionado por Nájera, Luz Méndez de la Vega observó en 1984 que la poesía femenina en Guatemala todavía hoy, o sea, hacia finales del siglo xx, puede caracterizarse como una poesía recatada, tradicional y llena de dulzuras, creada exclusivamente por mujeres de la clase burguesa. Es por esto, escribió Nájera, que en un país como Guatemala, la literatura femenina, si quería transformarse en literatura feminista, tenía que encontrar expresiones y temas que antes estaban prohibidos para las mujeres. Según Nájera, «lo que vino a diferenciar a Rodas de sus predecesoras y de sus compañeras de generación fue su lenguaje», su preferencia por lo prosaico y narrativo, «puesto al servicio de una confrontación sexual no disimulada». Además, la autora utilizó

registros lingüísticos reservados a los hombres en Guatemala: los poemas son sarcásticos, impetuosos y llenos de referencias sexuales directas. «Todo esto, y aquí radica, ideológicamente hablando, el aspecto tal vez más importante de su poesía, con un discurso que rechaza el lamento como expresión de impotencia. De esta manera Rodas lucha contra la imagen de la mujer sumisa y dependiente, oprimida y sin voluntad.»

Efectivamente, es la combinación de rabia, ingenio, sinceridad y perspicacia lo que da a los *Poemas de la izquierda erótica* una frescura que los años y las modas no han podido dañar. Tratan de temas que fueron retomados por las autoras del Primer y entretanto único Mundo mucho más tarde, y a menudo con ignorancia política y cálculo comercial: incesto, masturbación, celos, depresión, adicción a los medicamentos.

Sin embargo, Rodas no buscaba ni el reconocimiento ni el escándalo. Ni siquiera es seguro que ella previera la fuerza explosiva de sus poemas. Hasta entonces apenas se había dedicado a la poesía, se interesaba por la prosa, las novelas y los cuentos de escritores franceses, norteamericanos y latinoamericanos, especialmente de los del *boom* que rompieron con la tradición del realismo decimonónico (también en su variante socialista), y se reunía principalmente con pintores porque —como suele pasar en todas partes— generalmente entendían más de literatura que los propios literatos y «porque mantenían una lucha constante por ser ellos mismos». Es por eso que Ana María Rodas afirma que les debe mucho más a sus amigos pintores que a los escritores. Recuerda las conversaciones de entonces. A diferencia de lo que suele pasar hoy, dice, estuvieron horas y horas discutiendo con una enorme pasión no tanto sobre su propio trabajo, sino sobre el de los demás. Afirma que sus poemas fueron escritos inicialmente de manera espontánea, como registros de lo que había

experimentado y sentido. La voluntad de darle una forma literaria vino después, y con ella la idea de que podían ser útiles a los demás. De ahí también los repentinos cambios de talante y perspectivas de poema a poema, desde los cuales ella explora la conexión entre el deseo, la repugnancia y la sumisión. Yo, tú, él, nosotras, son esos los cuatro puntos cardinales que limitan el terreno en el que la poeta avanza tempestuosamente, sin preocuparse por las bajas, ya que la batalla será sin cuartel.

Hoy, mirando hacia atrás, a las décadas sin libertad, «esa señora que solo conocemos por referencias», Ana María Rodas es consciente de que sus poemas no deben ser vistos aislados de otras obras: con Luis de Lión (asesinado por los militares en 1984) y Margarita Carrera, Marco Antonio Flores y Mario Roberto Morales, Luis Eduardo Rivera y José Mejía, ha marcado toda una generación, la de los setenta. Lo que tenían en común era la falta de reverencia —como «generación irreverente» fue denominada por Morales—, la agresividad y la provocación, la lucha contra lo bien intencionado pero mal hecho, contra el mito del levantamiento victorioso, contra novelas y poemas que se ponían de parte de los indios, de los pobres y de las mujeres, pero sin darles voz propia. Esa generación se reunió en torno a la revista político-cultural *Alero*, fundada en 1970 en la mayor y más antigua universidad de Centroamérica, la de San Carlos, y que duró diez años; sirvió como fuente de oxígeno intelectual en una mala época, que fue a peor.

En esa década, aparte de los *Poemas de la izquierda erótica*, se publicó el cuento *Jorge Isaacs habla de María*, en el que Liano se burla de un clásico de la literatura latinoamericana; proclamó Morales el parricidio literario del único Premio Nobel de Literatura guatemalteco, *Matemos a Miguel Ángel*

Asturias; y terminó Flores su novela *Los compañeros*, que describe desde muchas perspectivas, con saltos en la cronología y usando diferentes niveles de lenguaje las contradicciones entre las pretensiones y los logros de un puñado de jóvenes revolucionarios. En 1975 Rodas presentó su segundo libro de poesía, *Cuatro esquinas del juego de una muñeca*. Para ella, este libro es la pieza central de una trilogía que terminó en 1984 con *El fin de los mitos y los sueños*, con el que supera incluso, en audacia y sarcasmo, los *Poemas de la izquierda erótica*.

Cuatro esquinas... comienza con una furiosa «Carta a los padres moribundos», en la que la autora no solo aborda el machismo agresivo de la sociedad postcolonial y la postura paternalista de sus colegas; se dirige también a los ricos ladinos (blancos y mestizos) que gobernaron Guatemala y que estuvieron a punto de sofocarla con sangre: a finales de los años setenta, la violencia estructural de «los que durante un siglo habían manejado el país como su hacienda» fue reemplazada por la política de la tierra quemada, las aldeas quemadas, la gente quemada. A los opositores solo les quedó la opción entre «encierro, entierro, destierro», lo que quiere decir callar, morir o huir. Exiliarse, volver a empezar en un país extranjero como madre soltera de tres hijas adolescentes, sin medios para mantenerlas, esa opción quedó descartada para Rodas. Ocultar como reportera las atrocidades de las que tuvo conocimiento, también. Por lo tanto, esquivó la línea de fuego de los militares y paramilitares aceptando un puesto en el departamento de prensa de la Embajada de Francia, años más tarde como colaboradora del agregado cultural estadounidense. Sabe lo privilegiada que era. Pero ni eso suponía garantía de supervivencia.

Las experiencias de los ochenta, de aquella década perdida, han sido incorporadas por Rodas en su cuarto libro

de poesía, *La insurrección de Mariana* (1993). Aquí falta el tono irónico y antiautoritario de los tres primeros libros. En cambio, dominan el dolor, la impotencia, la reticencia a comprender lo sucedido: la maquinaria asesina de la policía, los militares, los escuadrones de la muerte, la muerte de su amiga y colega Irma Flaquer, por ejemplo, quien, por haber escrito en su columna de periódico *Lo que otros callan* lo que vio y supo, un día fue atacada y secuestrada, y sus restos mortales no han aparecido hasta el día de hoy. «De sus huesos profundos me salió la sonrisa / de sus despojos, cuerpo / de sus calladas manos, esta maldita soledad».

Según el informe Memoria del Silencio, el llamado «conflicto armado interno» en Guatemala causó 250.000 muertos y desaparecidos entre 1960 y 1996 y convirtió a un millón de personas en refugiados, tanto dentro como fuera del país. El ochenta y tres por ciento de los asesinados pertenecían a las veintidós comunidades indígenas, de las cuales la más afectada fue la maya-quiché. Eran, cínicamente hablando, daños colaterales de la lucha contra la guerrilla: las masacres cometidas correspondían al cálculo del ejército para aislar a los insurgentes de aquellos para quienes estaba pensada la insurrección. Aunque ella misma está solo lejanamente emparentada, por parte de su padre, con una familia quiché y conocía, como casi todos los intelectuales, a los indígenas principalmente como sirvientes, Rodas nunca sucumbió al racismo profundamente arraigado en la sociedad guatemalteca.

En octubre de 1994 fui invitado a la hospitalaria casa en la que vivió Ana María junto con el escritor Luis Aceituno. Allí, una noche, se reunieron algunos de los autores que habían pasado los años de sangre en Guatemala: los poetas Enrique Noriega y Aída Toledo, los narradores Adolfo Méndez Vides,

Carlos Paniagua y Arturo Monterroso. Arturo dijo que era la violencia la que los unía a todos, la que los fundió, ya sea intencionalmente o no, y sin importar la edad. «Abrimos el periódico por la mañana. Leemos de cuarenta personas desaparecidas. Ni siquiera estamos horrorizados, sólo hojeamos la lista de nombres para ver si encontramos entre ellos a algún conocido. Acabamos de desayunar. Pasamos al orden de día. Acostumbrarnos a la violencia, eso es la experiencia que compartimos».

Ana María Rodas es el centro de este grupo de supervivientes. Casi nadie que no le haya dedicado un poema o un libro de cuentos. Su coraje para romper tabúes sexuales y sociales ha sentado un precedente en Guatemala. Tres generaciones de mujeres continúan lo que ella comenzó y, si enumeramos algunas aquí, no es con la esperanza de despertar el interés por sus poemas en Europa, sino como un tipo de conjuro: como si mencionar su nombre pudiera ayudar a detener la violencia sexual en Guatemala (dos feminicidios y treinta violaciones al día, más de mil mujeres que desaparecen sin dejar rastro cada año): Carmen Matute, Aída Toledo, Rossana Estrada Búcaro, María Elena Schlesinger, Alejandra Flores, Johanna Godoy, Regina José Galindo, Nora Murillo, Guisela López, Carolina Escobar Sarti, Maya Cu o Gabriela Gómez.

En Nicaragua, poco después de la revolución de 1979, se había formado un grupo de feministas que reclamaban para sí el título del poemario de Ana María: Partido de la Izquierda Erótica. La más conocida de ellas, Gioconda Belli, publicó en 2010 la novela *El país de las mujeres*, en la que el Partido de la Izquierda Erótica va ganando las elecciones generales en un país ficticio de Centroamérica con la promesa de crear condiciones justas y dignas sobre la base de solidaridad, cuidado y paz. Para eso, hace falta invertir los roles de género

en el trabajo y la vida familiar: a los hombres se les ofrece la oportunidad de adquirir la inteligencia social y emocional de las mujeres trabajando en el hogar, mientras que las mujeres cambian radicalmente las relaciones de poder en la política y la economía. La narradora de Belli revela a los lectores su fuente de inspiración (los poemas de Ana María), y no la trivializa en la novela. Sin embargo, yo daría preferencia a los poemas, porque están libres de toda ilusión y, además, plenos de un sarcasmo rebotante.

¿Qué puedo contar de la vida de Ana María Rodas? Que sigue viviendo en la capital de Guatemala, su ciudad natal, que tiene por ahora siete nietos y cuatro biznietos, que ha sido galardonada con varios premios, entre ellos el de la Libertad de Prensa, de la Asociación Nacional de Periodistas, que es su favorito, y que durante cuatro meses —desde septiembre de 2015 hasta enero de 2016— fue ministra de Cultura en un Gobierno de transición, después de que el expresidente, un general llamado Otto Pérez Molina, se viera obligado a dimitir debido al grave fraude y la complicidad con el genocidio de los pueblos indígenas de Guatemala.

Rodas ha trabajado como periodista desde los doce años, primero como cronista de fiestas de cumpleaños, bodas, veladas de la clase alta; luego, a partir de los quince años, como reportera deportiva especializada en béisbol, lucha libre y boxeo. Más tarde pasó a la sección de política nacional, escribiendo columnas diarias bajo títulos como «Teatro de imbéciles», «Crónicas irreverentes», «Desde la ventana», «Sin anestesia» o «El acordeón». Durante cinco años dirigió la redacción cultural del semanario *Crónica* y fue profesora en las universidades de San Carlos y Rafael Landívar durante veintitrés años, hasta que se cansó de enseñar periodismo a estudiantes entregados durante las clases a Facebook y WhatsApp. Con

cincuenta y nueve años publicó su primer libro de cuentos, y con sesenta comenzó a estudiar literatura. Quizás para no repetir lo que había ocurrido cuando publicó los *Poemas de la izquierda erótica*. Entonces, uno de los pocos críticos bien intencionados había creído reconocer la influencia del gran Rubén Darío en su poesía. Sin embargo, como mucho fueron decisivos los Beatles o Elvis Presley. O simplemente las vicisitudes de la vida. Dice ella, con una pizca de coquetería.

También dice que aprendió a leer pronto, con cuatro años; que creció en un ambiente artístico; que cuando se casó por primera vez, a los dieciocho años, ya se sentía terriblemente vieja y adulta. Por lo demás reina en ella un gran desorden, le apasiona vivir y no tiene la menor intención de renunciar a esa pasión antes de cumplir ochenta y cinco años, un doce de septiembre a las dos de la madrugada en punto. «Moriré protestando», profetizó hace poco en una entrevista. Discrepo. No por su afán de protestar, sino porque no aceptaríamos la ausencia de esta mujer-torbellino que sentimos siempre cercana, a pesar de la distancia que nos separa, y tal como se presenta a sí misma en un poema de su libro *El fin de los mitos y los sueños*:

AUTORRETRATO

Mausoleo silencioso
que se para en dos piernas
usa bikini
anteojos oscuros de playa.
Ataúd inmenso
que a veces detiene su automóvil y llora.

Índice

9. [DOMINGO]	39. [ASÍ]	67. [UNA COSA]
10. [ESTAMOS]	40. [AHORA]	68. [MÍRAME]
11. [ASUMAMOS]	41. [VINE]	69. [HACES BIEN]
12. [LAVÉMONOS]	42. [YO SOY]	70. [QUIZÁS]
13. [COMO YA]	43. [¿CÓMO]	71. [TE AMO]
14. [LIMPIASTE]	44. [DONDE]	72. [TÚ]
15. [AQUÍ]	45. [DESPERTÉ]	73. [YA SÉ]
17. [SIN QUE]	46. [LOS POETAS]	74. [CÓMO]
18. [IRREALIZABLE]	47. [LOS TELÉFONOS]	75. [LOS POETAS]
19. [ESTA TARDE]	48. [ESTO NO]	76. [CUALQUIERA]
21. [SIN EMBARGO]	49. [DIJERON]	77. [YO ESPERO]
22. [VERDE]	51. [AL SENTIR]	78. [CELEBREMOS]
23. [DE ACUERDO]	52. [AMANTE]	79. [HOMBRES]
24. [HOY]	53. [YA VOLVÍ]	80. [TU SUBVERSIÓN]
25. [A TI]	54. [OFICIO]	81. [TÚ NO]
26. [ERES]	55. [JEAN MICHEL]	82. [CASI]
27. [VAMOS]	56. [AHORA TÚ Y YO]	83. [REVOLUCIONARIO]
28. [MIRA]	57. [ME FALTA]	84. [TODOS]
29. [HOY PENSABA]	58. [TE ME ACABAS]	85. [ESCRIBIRÉ]
30. [APROVÉCHAME]	59. [AHORA OLVIDAS]	86. [DENTRO]
31. [ÉRAMOS]	60. [EN ESTOS]	87. [LA PIEL]
33. [YO AMO]	61. [Y ME DEJO]	88. [AHORA QUE]
34. [HACE]	62. [TE VOY]	89. [MUJER]
35. [CUANDO]	63. [PARA SER]	
36. [POR FUERA]	64. [NUNCA]	
37. [PORQUE]	65. [GRAN]	
38. [TIENES]	66. [DIGÁMONOS]	

93. Ana María Rodas
y su poesía
Erich Hackl



Poemas de la izquierda erótica, de Ana María Rodas, se publica 46 años después de hacerlo por primera vez en Guatemala. Acompaña a este colofón uno de los dibujos de Arnoldo Ramírez Amaya reproducido en aquella primera edición. Compuesto en tipografía Eames Century Modern e impreso en papel Registro Ahuesado, se terminó de imprimir en Madrid, en noviembre de 2019.



papeles mínimos ♦ poesía

Ana María Rodas
POEMAS DE LA IZQUIERDA ERÓTICA

YALE UNIVERSITY LIBRARY



3 9002 13751 3983

Ana María Rodas

POEMAS DE LA IZQUIERDA ERÓTICA

SML
PQ7499.2
.R58
P65
2019
(LC)